

INTRODUCCIÓN

Este trabajo es el resultado de un Convenio de Investigación entre la Dirección General de Desarrollo Rural del Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, y la Universidad Complutense de Madrid. Como indica el propio título se pretende poner las bases para entender el mundo rural del futuro, pero revestido de una cierta visión positiva como es la idea de desarrollo.

En mis anteriores trabajos (1994a; 1996; 1997; 1998, 1998a; 1999; 1999b; 1999c; 1999d; 2000a y 2002a), apostaba fuerte por un cambio profundo en la sociedad rural y hoy tengo que confesar que todas mis previsiones se han quedado cortas. Criticaba la falsa imagen de un mundo rural que desaparece y los datos nos señalan la existencia de una nueva funcionalidad de la sociedad rural que viene a atender las nuevas demandas de la sociedad urbana. Señalaba la fuerte ruptura que se había dado entre lo agrario y lo rural; la actividad agraria y las formas de vida rural, y tengo que reconocer que estos procesos, la desagrarización y la desruralización, están cada vez más disociados. De hecho asistimos hoy a un proceso de cierta revitalización demográfica del mundo rural, pero inmersa, al mismo tiempo, en una aceleración de la crisis de la agricultura tradicional. Pero todo ello no quiere decir que la agricultura no sea todavía, (lo será durante muchos años), un referente necesario y obligado de la ruralidad, sobre todo en las zonas alejadas de los entornos urbanos.

Apuntaba la conciencia y el despertar de lo micro frente a lo macro, o la defensa de lo individual frente a lo global, y hay pruebas de que se está consolidando todo lo que huele a tradición, a pasado, a cultura rural, a artesanado, a recuperación de formas y expresiones rurales, a rehabilitación de viviendas, monumentos, etc., y todo ello revestido de un cierto espíritu de modernización e innovación determinado por las influencias que vienen del exterior. Hay una conciencia cada vez más clara de que es compatible recuperar la tradición con una apertura de los pueblos rurales al exterior; con una intensificación del mercado; con una mejora considerable de las comunicaciones; con una apuesta decidida por la formación y por la cultura; con un incremento de los intercambios, con un desarrollo de la internet. Más aún, se piensa, que es, en esa especie de dialéctica de lo micro y de lo macro, donde reside uno de los grandes valores de la rura-

lidad, valores que han marcado tradicionalmente la vida de los pueblos y que pueden ser interesantes para definir el futuro de la gente que vive en la ciudad.

Ahora bien, la palabra mágica para entender lo que está pasando en el mundo rural es la de desarrollo. Se entiende por tal, una acción planificada que se proyecte sobre todo un territorio y que tiene como objetivo una cohesión económica y social” (Molina Ibáñez, 2003). Es una palabra en la que todos nos escudamos para desarrollar contenidos no siempre coincidentes y, en ocasiones, contradictorios. Es, pues, una palabra que hay que desmitificar desterrando algunos falsos estereotipos, y sacando a relucir lo sustantivo de lo que contiene.

Hay dos falsos estereotipos que hay que desterrar; el primero, que el mundo rural es atrasado, mira al pasado, no se mueve y no cambia; y, el segundo, que el cambio implica necesariamente una ruptura con el pasado, y una liberación de los elementos que han configurado la forma de vida rural. Ambas afirmaciones son falsas, y son dos visiones que no responden a la realidad. La experiencia de los últimos años indica que el mundo rural es dinámico, se mueve, evoluciona, se transforma, cambia y pone en marcha nuevas iniciativas. Si hoy hablamos de la nueva funcionalidad de la sociedad rural es precisamente porque tiene valores diferentes de la sociedad urbana y los puede poner a su disposición. A lo largo de este trabajo quedará demostrada esta afirmación. El tradicional enfrentamiento entre lo rural y lo urbano está dando lugar a una nueva imagen en la que ambos tienen cabida. Soy de los que piensa que la nueva realidad rural tiene mucho que ver con los nuevos movimientos urbanos, pero no por ello su realidad tiene que quedar absorbida o anulada por estos nuevos paradigmas. Más aún, desde el momento en que lo rural quedase absorbido o integrado en lo urbano desaparecería lo rural y no tendría tampoco sentido seguir hablando de la nueva funcionalidad de un sujeto desaparecido. Hay ejemplos de ello, como los grandes aglomerados urbanos que han surgido en pueblos rurales limítrofes a las grandes ciudades, pero este no es el caso de la mayor parte de los pueblos españoles. Cuando hablo de lo rural me refiero a los pueblos que no han sufrido esta transformación, que son la mayoría, y que se debaten entre la tradición y la innovación. Pesa la tradición, porque es la forma que ha configurado el mundo de las relaciones y el sentido de la comunidad rural, pero se nota también la presión de la innovación por las influencias que vienen del exterior y por la simbiosis que se produce entre el cambio y el mundo de los jóvenes. Pero, además, hoy la innovación y la tradición tiene otras connotaciones. Hay que mantener y conservar una buena parte de las expresiones de la tradi-

ción porque forman parte de la nueva oferta de lo rural y así lo demandan los grupos interesados en la recuperación de esta sociedad, pero sin romper el cordón umbilical con los gustos habituales de estos nuevos grupos sociales.

Cuando hablamos de “nueva funcionalidad de la sociedad rural”, o “desarrollo rural” nos estamos refiriendo al menos a estas dos acepciones. La primera, la que se deduce de los Documentos de la Unión Europea y de las políticas a que han dado lugar para atajar el problema de la crisis de la agricultura y el despoblamiento rural; y la segunda, que no se ha enfatizado tanto pero, que no por ello tiene menos importancia, la que tiene que ver con los profundos cambios que han protagonizado las gentes rurales, que han ido por delante de la Administración en la solución de sus problemas, y han abierto el camino para que ciertas políticas tuvieran éxito. Estas dos perspectivas se complementan con otras dos, la que ve los problemas del cambio desde la influencia del exterior, desde lo global, y la que se fija en el carácter local y endógeno del desarrollo.

Todavía hay una confusión monumental, y muchos científicos sociales creen que el único desarrollo rural es el que se ha llevado a cabo mediante la acción de la Administración, y olvidan que con anterioridad a esta acción la gente más dinámica de los pueblos aprendió a hacer de la necesidad virtud y emprendió acciones que posteriormente fueron reconocidas e incentivadas. Es importante tener presente esta doble dimensión del desarrollo rural, las estrategias o las políticas de la Administración, y el papel de la acción individual, porque el proceso de cambio no ha terminado y en estos momentos siguen convergiendo estas dos estrategias.

Es un hecho comúnmente aceptado que las diferentes administraciones, tanto la europea, como la nacional, la autonómica o la local, han optado por el desarrollo rural, tal como se desprende de la diferente normativa aprobada, así como de los programas que se llevan a cabo. Desde el Documento “El futuro del mundo rural”, de 1988, pasando por la Conferencia Europea sobre Desarrollo Rural de Cork de 1998, hasta llegar a la Agenda 2000 se ha desarrollado una vasta literatura que ha apostado por el desarrollo rural como una estrategia complementaria y alternativa a la crisis de la agricultura.

El documento El futuro del mundo rural (Documento 7957/88 de agosto de 1988), intuía con cierta precisión el problemas al señalar inmediatamente, después de la reestructuración profunda del sector agrario (página 15), “la emergencia de nuevas actividades, ya sean aguas arriba o aguas abajo en la cadena de producción agraria o, ya sea, la mayoría de las veces, sin vínculos directos con ella” (página 16). Por otro lado, se favorece la

filosofía de que “el futuro deberá apoyarse más que en el pasado en la valoración del potencial de desarrollo endógeno y, en este contexto, en el desarrollo de pequeñas y medianas empresas” (página 17). En definitiva, reconoce un mundo rural en mutación que tiene que apostar por una profunda diversificación de su economía, cuya base puede ser la agricultura, pero apostando fuerte, también, por actividades vinculadas a la industria y a los servicios. La Conferencia de Cork (Irlanda, 7-9 de diciembre de 1996) no ha sido menos explícita con estos criterios, y ha puesto en su justo término el papel de la agricultura y de las actividades no agrarias en el desarrollo rural. No se trata de cargarse la agricultura o dejar de incentivar los procesos de modernización de las explotaciones agrarias, sino que este proceso ha de hacerse compatible con el desarrollo rural que tiene cada vez menos bases agrarias. “El desarrollo rural sostenible debe considerarse como una de las principales prioridades y convertirlo en el principio fundamental que sostenga toda la política rural en el inmediato futuro y después de la ampliación” (Punto 1 de la Declaración de Cork). Por otro lado, dicho desarrollo ha de ser multidisciplinario y multisectorial teniendo como punto de referencia “el ajuste y desarrollo agrícola, la diversificación económica –sobre todo, industrias de tamaño pequeño y mediano y servicios rurales–, la gestión de los recursos naturales, el reforzamiento de las funciones medioambientales y la promoción de la cultura, el turismo y las actividades recreativas (Punto 2 de la Declaración de Cork). Si bien la Agenda 2000 no se ha explayado en los puntos relativos al desarrollo rural, ha dejado clara su filosofía al indicar que “la experiencia muestra que la diversificación rural debe utilizarse, de manera flexible, como complemento necesario de la actividad puramente agraria. Actividades que hasta la fecha eran marginales, como la producción y la comercialización de productos de alta calidad, el turismo rural, los proyectos de inversión relacionados con el medio ambiente o la cultura de la región y la pequeña y mediana empresa, han aumentado su importancia y abierto nuevas perspectivas” (Agenda 2000, 28).

Como objetivo final, estos documentos se plantean mantener el tejido social de los pueblos, creando nuevas oportunidades de trabajo que eviten la emigración. Se trata, en definitiva, de dar una nueva salida a la agricultura, planteando nuevos retos, nuevas estrategias, nuevas formas de relación con el espacio y con la naturaleza, pero implicando también en estos procesos a las gentes rurales, que no son agricultores, pero han decidido seguir organizando su vida en los pueblos. Aunque todavía quedan muchos problemas por resolver, hoy nadie duda ya de que el desarrollo rural es uno de los grandes pilares para construir la sociedad rural del futuro.

Si respecto a este punto hay cada vez menos discusión, la polémica se centra en los caminos o estrategias para llevarlo a cabo. Existe una gran desconfianza de que sea el mercado el que tenga capacidad virtual para desarrollar eficazmente lo concerniente al desarrollo rural y se apuesta por la conjunción de políticas estatales e iniciativas locales como la gran panacea para hacer frente al problema. Se cree en los individuos, en su capacidad de iniciativa y de riesgo, pero sólo en la medida en que las políticas sean capaces de conectar con sus intereses. Pero al mismo tiempo se critica que las citadas políticas hayan sido capaces de canalizar un desarrollo endógeno.

Obviamente, el desarrollo rural debe contextualizarse en la dinámica socioterritorial de los procesos globales, pero teniendo en cuenta lo que tiene de propio cada comarca o cada zona. Esto nos avoca a un concepto amplio de ruralidad, que tiene su concreción en la multifuncionalidad, y que va más allá de la multifuncionalidad agraria. Los geógrafos lo concretan en la ordenación territorial, y para los sociólogos se trataría de una integración social que salvaguarda los elementos propios de cada espacio rural.

La experiencia, y el buen hacer de los grupos humanos más innovadores, están apuntando la existencia de ingentes recursos humanos que se podrán aprovechar: recursos agrarios, recursos naturales, recursos gastronómicos, recursos culturales, recursos artísticos y recursos turísticos, entre otros. No se trata de hacer algo nuevo, sino dinamizar, ordenar, canalizar, impulsar, incrementar todo lo que se viene haciendo. Se trataría, como señala Molina Ibáñez, de apostar por un modelo diseñado desde abajo y dirigido a comprometer las políticas superiores” (2003). Como he señalado en otras ocasiones, los rurales han aprendido a hacer de la necesidad virtud y son ellos mismos los más directamente implicados en la solución de sus problemas. No hay que perder de vista que todo lo demás, llámense políticas de desarrollo o programas específicos como los LEADER o los PRODER, deben estar al servicio de sus problemas y de sus iniciativas. Ellos son los destinatarios y el objetivo final de la acción, y no los políticos o los gestores que median en estas acciones.

El título elegido para este libro ha sido el de “Sociedad rural y desarrollo”. Lo he elegido porque creo que responde enteramente a los contenidos que se abordan. No se trata de montar una elucubración sobre el deber ser, sino apoyar lo que se puede hacer a partir de lo que se viene haciendo. Por eso los 13 capítulos que se desarrollan tienen una fuerte base empírica y dan cuenta de los procesos de cambio que se han venido produciendo en los últimos años. Son, por otro lado, la mejor base para entender lo que puede suceder a lo largo de los próximos años.

En el capítulo primero se describe la evolución de la población rural y las consecuencias que se han derivado del vaciamiento demográfico acaecido hasta los años ochenta. Es la base para entender el capítulo segundo, en el que se plantean los nuevos retos demográficos de la sociedad rural actual: -llegada de nuevos residentes, aumento de la población flotante o de fin de semana; auge del turismo rural e interés de los emigrantes por los trabajos de la agricultura y del mundo rural. Hay que desterrar la idea de que en los pueblos rurales sólo quedan viejos y hay que tener claro que la base de la recuperación de la sociedad rural actual ha de hacerse a partir de las secuelas dejadas por los fuertes procesos migratorios.

El capítulo tercero nos introduce en los temas de la actividad e inactividad rural, comparándolos con los de la sociedad urbana. Este capítulo se completa con otros tres, uno dedicado a analizar el paro rural y el paro agrario (capítulo 4); otro para desarrollar los campos de la ocupación sectorial rural y algunas características en función de la edad, el género y la formación (capítulo 5), y otro para determinar la situación profesional de los ocupados, así como las profesiones principales por las que se identifican (capítulo 6). Se ha querido dejar claro que una cosa es el paro agrario, y las zonas en las que tradicionalmente está asentado y las dificultades para su erradicación, y otra muy distinta, el paro rural, que tiene su concreción en los buscadores del primer empleo, en los jóvenes y, sobre todo, en las mujeres (capítulo 4). Profundizando en los importantes cambios que se vienen produciendo, se observa que los pueblos son cada vez menos dependientes de la actividad agraria y más de los servicios. Una comparación entre las estructuras ocupacionales rurales y urbanas pone de manifiesto la escasa participación de la mujer rural en las tareas productivas, estando todavía bastante atenazada por la actividad del hogar. No obstante, no se dan facilidades para que las mujeres y los jóvenes se incorporen al mercado de trabajo, lo que es un serio inconveniente para que estos grupos se queden a vivir en el medio rural (capítulo 5). Finalmente, todavía hay un déficit de técnicos y de profesionales, que se suele suplir con un predominio de los trabajadores autónomos (capítulo 6).

El capítulo séptimo corrobora los procesos anteriores y analiza la importancia de la actividad agraria, y las tendencias de futuro. Si bien se cree que la agricultura tiene que ser la matriz del desarrollo rural es por su importancia cualitativa, pero no por el número de los que viven de este sector. Los procesos de racionalización están imponiendo un incremento de los empleadores y de los asalariados, pero a costa de los autónomos y de las ayudas familiares. Por otro lado, la propia racionalización de la

explotación familiar está condenando a antiguos agricultores a buscar otras fuentes complementarias de ingreso, que terminan convirtiéndose en principales.

La búsqueda de rentas complementarias para los agricultores, y la mejora del valor añadido de los productos agrarios ha sido un reto en el que la Unión Europea ha puesto un especial énfasis, que se han traducido en los programas de desarrollo rural. Por este motivo se ha hecho un desarrollo especial de la industria agroalimentaria rural, analizando los diferentes parámetros que la integran (Capítulo 8). Es un sector importante a desarrollar por su carácter estratégico, y por la capacidad que tiene para crear empleo y paliar la crisis de la agricultura.

Los aspectos de la economía rural y sus diferencias con la estructura de los ingresos y de los gastos urbanos, se aborda en otros tres capítulos (capítulo 9, 10 y 11). El mundo rural sigue marginado en cuanto a los ingresos, pero ha aprendido a hacer frente al futuro mediante un espíritu de ahorro. No es, por otro lado, una sociedad económicamente homogénea, sino que se dan importantes diferencias tanto territoriales como por grupos sociales. En el capítulo 9 se analizan las bases de la economía de la familia rural, para precisar, en el capítulo 10, las variaciones en función de características demográficas, económicas y sociales. Se completa este punto de los ingresos, gastos y endeudamiento con una comparación de la situación económica de los hogares en función de la situación geográfica, capítulo 11.

En el capítulo 12 se han abordado dos problemas importantes de la sociedad rural, el tema de los equipamientos y el del consumo. Si bien el mundo rural empieza a estar bastante bien equipado, todavía hay déficit en la educación, la sanidad y los equipamientos. Por otro lado, se ha demostrado que el mundo rural tiene sus necesidades y sus estructuras de consumo, que no siempre siguen los estándares urbanos.

Cerramos el libro con el capítulo 13 dedicado a la cultura rural. Se trata de un gran patrimonio que les identifica con su pasado y les diferencia de los habitantes urbanos. Es un patrimonio que forma parte de la vida y de las formas de relación y que es un elemento totalmente necesario para mantener el entramado de esta sociedad.

En la redacción de los diferentes capítulo se ha tenido especial interés en organizar bien la información y dar cuenta precisa de los hechos y de las tendencias. A veces se ha podido pecar de aportar información, pero entiendo que es lo fundamental para hacer cualquier comentario. Conocer la realidad, para después interpretarla, es la base de este trabajo. En todo caso, ahí están los datos y las tendencias para que se pueda apoyar o disentir de las tesis que se plantean.

